

allí en la más desordenada dispersión.

En idéntica circunstancia, ¿qué hará la mujer? Lo primero buscar todo lo necesario, y cuando la impremeditación o la urgencia lo hayan impedido, echará mano de las tenazas, de una plancha, del revés del cepillo, de cualquier cosa, del tacón del zapato inclusive; todo menos regañar con impertinencia.

El hombre necesitará indispensablemente el tirabuzón pedido con el aire de amo para destapar alguna botella que ofrezca alguna dificultad.

A falta de este instrumento, en caso análogo, la mujer, sin hacer acto de soberanía, se servirá de las tijeras, de un cuchillo, de un hierro punzante cualquiera, y si no...

—¿Qué?

—Pues hundirá el tapón en la botella.

—¡Es verdad!...

—En una casa, cuando el marido escribe una carta, todo lo que le rodea se subordina a aquel acontecimiento. La pluma, el tintero, la tinta, el papel, todo ha de reunir condiciones exigidas; los niños han de callar, no se ha de mover la mesa; ni la mujer ha de buscar su dedal; ni la criada ha de entrar en la habitación en que el señor escribe; nadie ha de hablar una palabra.

La mujer se arregla de cualquier modo, no tiene la inspiración asustadiza, y escribe mientras el pequeñue-

lo llora, el mayorcito le tira de la falda pidiendo una galleta, el marido busca el periódico revolviéndolo todo y la criada le interrumpe pidiéndole un diez para comprar el artículo agotado que se necesita para la comida.

—Lo que usted dice es ingenioso, sin duda, pero algo exagerado.

—¿No es serio, porque he presentado el asunto en su aspecto cómico? Pero ¿quién hace frente a la miseria, a las penas, a la enfermedad?

¿Quién cuida en la casa a los hijos enfermos, disimulando sus propias inquietudes para disipar las del padre?

¿Quién apacigua a los proveedores al fiado en una casa en penuria, y tranquiliza al mismo tiempo al marido?

¿Quién por su amor, su paciencia, su gracia y su prudencia ayuda al hombre a soportar los malos ratos que los negocios o el trabajo le ocasionan?

¿Quién por el buen gusto de su vestido, su amabilidad exquisita y su economía da un sello distinguido a la casa, a pesar de los recursos limitados y aun de la escasez?

¿Y quién logra formar un interior agradable y bonito hasta el punto de que el marido llegue a olvidar los cuidados que antes quería disimular a la vista de los otros?

¿Quién ha de ser? Ella, la mujer, la dulce compañera, la madre cariñosa, la bella mitad del género humano.

PARRHISIA

## Lord Lister

Lord Lister nació en el condado de Essex, cerca de Londres, en el año 1827, y cursó sus estudios en esta capital, trasladándose luego a Edinburgo, donde tuvo oportunidad para conocer y relacionarse con el célebre cirujano Syme, quien en aquella época se había conquistado fama mundial. Desde muy temprano mostró poseer grande afición a los estudios de laboratorio y a las investigaciones originales, tanto que en el año 1858 publicó,

después de largo y profundo estudio, una obra notabilísima acerca del proceso inflamatorio, cuya naturaleza hallábase en aquella época muy imperfectamente definida.

Su obra mayor, sin embargo, y la que hace su nombre imperecedero en los anales de la medicina, fué la introducción de la antisepsia en la cirugía, un acontecimiento de suma trascendencia, hasta el punto de que el moderno profesional acaso no com-